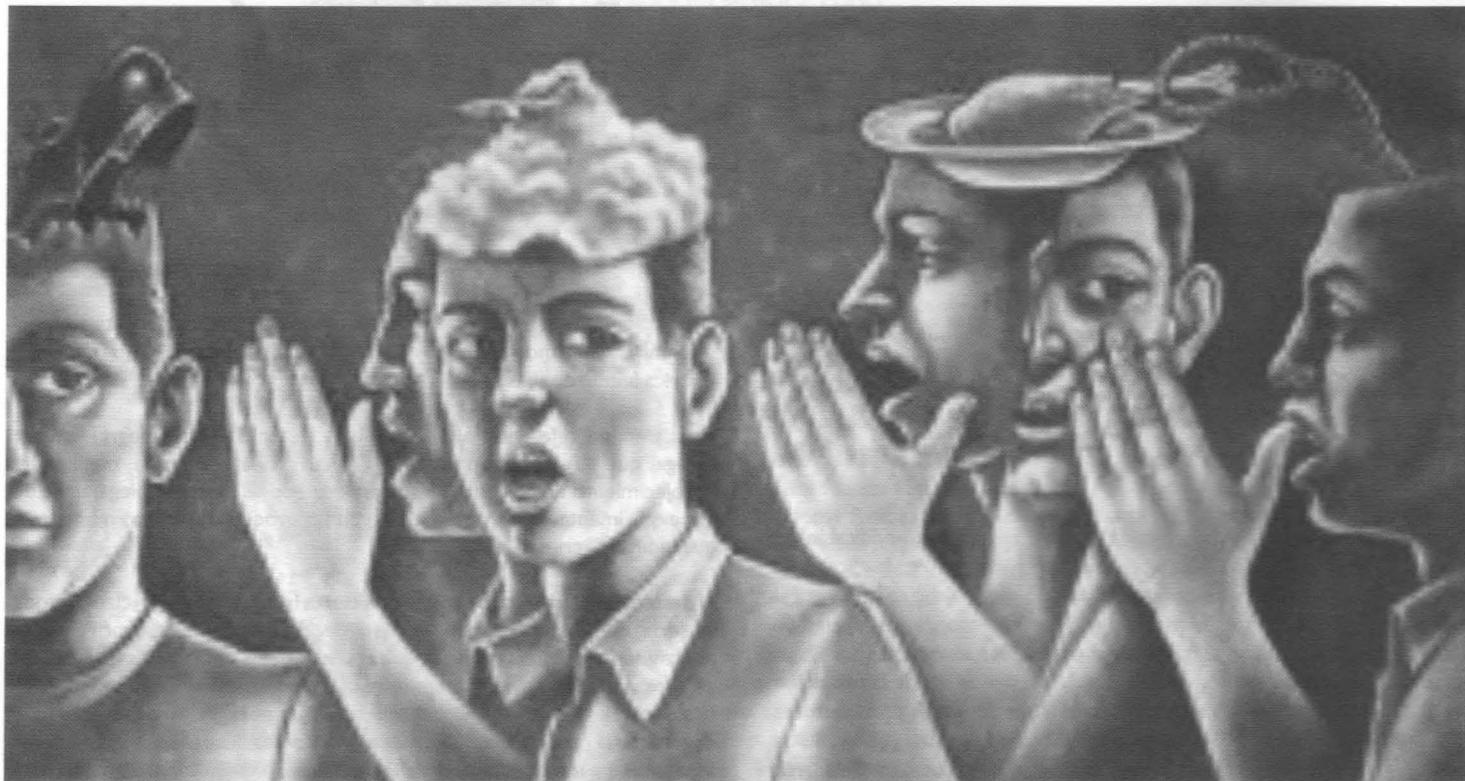


Propagación y epidemia de rumores sobre la violencia

ANDRÉS OSEGUERA MONTIEL



La violencia que se vive actualmente en México no sólo está circunscrita a los actos físicos que atentan contra la vida de aquellas personas involucradas en el crimen organizado o que, sin estarlo, son “víctimas” del fuego cruzado. De hecho, pretender definir la violencia sólo en estos términos minimiza la complejidad del fenómeno y los distintos comportamientos, situaciones y expresiones emocionales como el miedo y la tensión, que están involucrados en los actos que fomentan la violencia física (Collins, 2008). Por ejemplo, los mensajes difundidos por las redes sociales alertando la detonación de la violencia, son causantes de una verdadera psicosis colectiva que ha paralizado a varias de las principales ciudades de México; es decir, los mensajes que previenen o amenazan ante una inminente conflagración, son aceptados y difundidos con suficiente éxito como para desatar la psicosis y provocar diversas respuestas: quedarse en casa para evitar riesgo alguno; salir corriendo del trabajo para rescatar a los hijos de las escuelas; ponerse boca abajo y prepararse psicológicamente para escuchar las detonaciones de las armas de grueso calibre; cerrar el negocio familiar por el temor de sufrir un saqueo o un chantaje; salir de la ciudad o del país con la familia buscando refugio, etc. En efecto, todas estas reacciones son producto del temor y la tensión que generan los mensajes de alerta.

De acuerdo con la percepción oficial, los mensajes que alertan a la población de posibles actos de violencia, transmitidos a través de las principales redes sociales, son “simples rumores” y por ello no deben ser considerados información fidedigna; sin embargo, los hechos recientes demuestran que los “simples rumores” forman parte del contexto actual de violencia y que son capaces de paralizar y generar miedo y tensión entre la población. No se necesita un acto de violencia física, o la escena de un combate entre el ejército y las bandas del crimen organizado, para estar o presenciar una situación de violencia. Por ejemplo, hace apenas unos meses una serie de rumores sobre hechos violentos congestionó las redes sociales en la Ciudad de México. Diversos usuarios de *Twitter* advirtieron sobre posibles enfrentamientos entre grupos relacionados con el crimen organizado en Ciudad Nezahualcóyotl, Iztapalapa e Iztacalco. El pánico no se hizo esperar extendiéndose por toda la zona Oriente de la capital. Se paralizó por completo el comercio local y la gente abandonó las calles. Los medios informaron que la palabra “Neza” llegó al primer lugar de los *trending topics* nacionales, con cerca de 161 mil menciones durante más de 3 horas (*Milenio*: López, 23-09-2012). El caos, producto de estos mensajes a través de las redes sociales, fue el pretexto para que los congresos locales de distintos estados promulgasen reformas al código penal encaminadas a la

penalización de los rumores, atentando con ello contra la libertad de expresión. Así sucedió en Tabasco, donde se aprobaron reformas para penalizar con 6 meses a 2 años a aquellos que difundan los rumores en torno a posibles atentados o confrontaciones entre las bandas del crimen organizado (*Proceso*: Guzmán, 31-08-2011). El año pasado, en el Puerto de Veracruz, la policía arrestó a 2 *twitteros* por difundir información sobre una supuesta balacera en una de las primarias del puerto; los padres asustados querían “salvar” a sus hijos de la inminente balacera generando el caos en las calles del puerto. Esta situación fue lo que determinó que se considerara a los *twitteros* responsables de propagar rumores que no eran verídicos.

Como advirtieron hace tiempo Gordon Allport y Leo Postman (1967: 33), los rumores se caracterizan por transmitir información importante para un grupo determinado y, al mismo tiempo, llevar una carga de ambigüedad, al carecer de la suficiente certeza en cuanto a la veracidad de la información. Sin duda alguna, el contexto en el cual se transmiten los rumores sobre posibles confrontaciones entre las bandas del crimen organizado, explica parte del éxito de su diseminación como información importante en las principales ciudades de México. Los mensajes se presentan en una sociedad donde los atentados son el “pan de cada día”; es raro no escuchar por la radio, ver por televisión o leer en los diarios una noticia de violencia en la que se detalla la forma brutal en la cual se priva de la vida a hombres y mujeres por igual. Si el contexto actual de noticias e imágenes de decapitados fuera una excepción y no la regla, es muy probable que estos rumores carecieran del éxito que tienen (en términos de su difusión), pues pasarían totalmente inadvertidos. En palabras de Allport y Postman (1967: 34), poco importa que se difunda un rumor entre los ciudadanos norteamericanos sobre el precio de los camellos en Afganistán, pues esa información no es importante para su vida cotidiana; la gente en Estados Unidos no se transporta en camellos y por lo tanto nada tiene que ver con el contexto inmediato y relevante de su vida cotidiana.

Remitirse al contexto permitiría explicar la propagación inmediata de los rumores sobre la violencia y su efecto emocional en la gente que está expuesta cotidianamente a la información de noticias con contenidos violentos. De acuerdo con lo anterior, a mayor exposición de estímulos agresivos a través de los medios de información masiva (especial la televisión y las redes sociales), mayor susceptibilidad habrá en la población de aceptar como verídicos los rumores en torno a la violencia.

Pero el hecho de estar fuera de la comprobación empírica que permita considerar su veracidad, da a los rumores otra dimensión. La ambigüedad tiene un efecto emocional importante para su aceptación y difusión. Si los rumores se centran en una información de importancia contextual y al mismo tiempo llevan una carga de ambigüedad que impide saber la veracidad de los hechos, es muy probable que generen ansiedad y pánico, emociones que indudablemente pueden generar caos entre la población. El miedo y la tensión que genera la violencia, se vuelven factores importantes

para la aceptación de los rumores; dicho en otras palabras, los rumores aparecen como los detonadores de estas emociones que son las que determinan las diversas situaciones de violencia. La ambigüedad, es decir, la incertidumbre de que algo puede pasar, genera ansiedad y temor; es un temor relacionado con la pérdida de los seres queridos, de los amigos, de los hijos, etc. Las reacciones de los padres que se vuelcan a las calles para “salvar” a sus hijos, demuestran que dichos padres están conscientes de la existencia de algún tipo de peligro y harán todo lo posible por sacar a sus hijos de ahí; es demasiado el riesgo que se corre y se ven obligados a actuar de inmediato.

Así, con los rumores siempre existe la posibilidad de que sean verídicos (es parte de la ambigüedad), y esto es más que suficiente para entrar en un estado de “pánico generalizado”. Existe una atracción a la idea de que puede suceder una tragedia; se activa en la mente la posibilidad del peligro. Como señala Nicholas DiFonzo (2008), los seres humanos tenemos una tendencia innata a ser crédulos y aceptar como verdadero lo dicho por un conocido o un pariente, pero también creer en las palabras vertidas por un completo extraño sobre la existencia de un posible atentado. Esta credulidad está presente sobre todo cuando se trata de rumores que activan poderosas estructuras mentales relacionadas con el peligro físico que puede terminar con la vida de nuestra propia persona o con la vida de nuestros conocidos. Conforme se va transmitiendo una noticia de alerta tanto en redes sociales como por vía oral, de persona a persona, el rumor va incrementando su veracidad y nada hay que pueda revertirlo. Este mecanismo de propagación implica considerar otros aspectos cognitivos, como el hecho de que somos más receptivos a las malas noticias que a las buenas noticias (DiFonzo, 2008), y el hecho de que existan más rumores anunciando malas noticias que rumores que difundan buenas noticias. Sin duda, vivir en una sociedad donde se presenta un alto índice de homicidios relacionados con el crimen organizado, no sólo estará garantizando que los rumores de la violencia se propaguen más que otro tipo de rumor; también demuestra que existirá una alta posibilidad de que dichos rumores sean determinantes para generar ansiedad en la población, lista para actuar ante cualquier indicio de que los rumores se hagan realidad. Es decir, se tomarán como rumores verídicos aun cuando las versiones oficiales se empeñen en convencer a la gente que se trata sólo de “simples rumores”.

BIBLIOGRAFÍA

- Allport, Gordon W. y Postman, Leo (1967). *The psychology of rumor*. Russell & Russell, New York.
- Collins, Randall (2008). *Violence. A Micro-sociological Theory*. Princeton University Press.
- DiFonzo, Nicholas, (2008), *The Watercooler Effect: An Indispensable Guide to Understanding and Harnessing the Power of Rumors*, Penguin Group US.
- Guzmán, Armando (2011). “En Tabasco tipifican como delito difundir rumores”. En: *Proceso*, agosto 31.
- López Recek, Yazmín (2012). “Rumores y redes sociales”. En: *Milenio Diario*, septiembre 23.

